

HOJA DE ALBUM.

Me miraste una vez....! Huyó el quebranto;
y la luz de tus ojos hechicera,
evaporó las gotas de mi llanto
con su efluvio inmortal de primavera.

Me miraste una vez....! y tu mirada,
derramando en mi alma sus fulgores,
fué esa luz celestial de la alborada
que inspira trinos y despierta flores.

Me llenaste de luz....! Ah! yo quisiera
que mi acento al cantarte soberano,
remedara el rumor de la palmera
que se mece en el bosque americano.

Imitara el tronar de las cascadas,
el reír de las auras del estío;
y el arpegio que fingen las oleadas
que riza, tenues, al huír el río.

Yo quisiera Mas ¡ah! ¿Por qué risueños
tus ojos en mi ojos se han clavado....?
¿Vendrán á preguntarme mis ensueños?
¿Me vendrán á decir lo que has soñado?

.....
.....

Adios....! Sobre la mar de tu alegría
las páginas de tu album son espuma....
No permitas que muera mi armonía
ay! del olvido entre la triste bruma....!

México, 1889.



AMOROSA.

Tu amor.... tus besos.... dámelos, lo anhelo;
no temas, no razones, diosa mía,
que el pensamiento, al levantar el vuelo
es cual la nube, vagoroso velo
que roba un rayo de su luz al día.

El amor es un astro que aparece
evaporando con su luz las nieblas:
todo vive, palpita, se estremece;
y es que todo ante el sol que resplandece
se olvida de que existen las tinieblas.

Bésame...! Ven...! No me hables del pasado.
¿A qué evocar la sombra de ese muerto?
Jamás ha de volver; duerme olvidado,
y el eco de su acento se ha apagado
en la extensión callada del desierto.

Vamos al porvenir....! No temas....! Calla!
No es incierto, ni triste, ni sombrío;
en él el himno de la vida estalla,
y es un campo revuelto de batalla
que nos guarda un laurel, ensueño mío.

¡Amame nada más....! Tu voz divina
tiemble de la pasión en los excesos;
brille el sol que las dichas ilumina,

y en tu boca—camelia purpurina—
hierva el polen fecundo de los besos!

Aprende á mí: Mi mente indagadora
no puede sofocar mi sentimiento;
yo sólo sé que el corazón te adora....!
Surgió mi amor, se despertó la aurora,
y huyó como un celaje el pensamiento!

México, 1889.



LAS ROCAS DEL LAGO.

(TRADICION MEXICANA)

Al eminente poeta GUILLERMO PRIETO.

I EL TECOLOTE.

Desato mi voz en sollozos me
aflijo al recordar que debemos
abandonar las bellas flores....

Cantares Mexicanos. Trad. de
los Sres. Brinton y Vigil.
(Cantar XI)

Duerme, lago de Texcoco,
reposa, bendito lago,
que ya muy pronto la luna
en tí quebrará sus rayos.
Ya el crepúsculo se esconde
tras de los montes lejanos,
y deja tras sí una cauda
de celajes encarnados
que flotan como las plumas
de algún sangriento penacho.
Duerme, lago cristalino;
y mientras duermes, ufanos,
arrojarán á tus ondas
los jardines solitarios,
yoloxóchiles fragantes,
floripondios de alabastro,

cmempoaxóchiles de oro,
cacomites atigrados.
Duerme, lago de los indios,
reposa, bendito lago:
Tenochtitlán y Texcoco
están tu sueño velando!
Ya la noche con un beso
cerró á la tarde los párpados,
y la luna melancólica
lentamente se ha elevado.
Las apizcasas se fueron;
las gallaretas callaron;
huyen, volando en parvadas,
las garcetas y los patos
; Tenochtitlán y Texcoco
están tu sueño velando!
Deja que adornen tu frente
los jardines perfumados;
deja, lago, que en tus ondas
la luna empape sus rayos!

* * *

Pasan las horas... la nube,
que el horizonte azulado
manchó un instante, subiendo
oculta la faz del astro.
Se obscurece...! Cruza un ave
por los tulares cercanos,
y el canto del Tecolote
resuena, triste, en los campos!
Llega... sus ojos de lumbre
se reflejan en el lago;
llega... y el vuelo detiene
entre las frondas de un árbol,
y se ven allí sus ojos
pavorosos... flameando,
como topacios de fuego
en la tiniebla engarzados.

¡Eh! ¿quién viene....? Se oye el ruido
de algunos remos, lejano:
y, en las chinampas, los ecos
están, prestos, esperando.
¿Quién se aproxima....? más cerca
se oye el rumor temerario,
y sus alas impalpables
despliegan los ecos ráudos.
¡Eh! ¿quién pasa....? De la luna
se rasga el tenue sudario,
y su luz tiñendo el aire,
cae sobre el agua jugando.....
¡Ah, mirad! ¡una canoa....!
Parece un ánade blanco,
que va tejiendo una cinta
de diamantes sobre el lago!
Dos indios bogan en ella,
dos indios enamorados,
que á Texcoco se dirigen
lentamente, conversando.....
y se aleja la canoa.....
¡Parece un ánade blanco!

* * *

¡Qué pequeña es la cabaña
y qué humilde! Su cercado,
es una malla de tules
donde canta el aire patrio;
con otates de la Sierra
sus paredes se formaron,
y su techo está tejido
con las pencas que en el campo
los magueyes abandonan,
de dar su néctar cansados.
Y desembarcan los indios,
y avanzan con lento paso
hacia la pobre cabaña
que es de su amor el palacio....

Oh! llorosa Tepazuela!
Oh! palomita del lago!
¡Qué linda es tu faz! Tú tienes
más sangre en los gruesos labios,
que la que ofrece en sus fiestas
á Dios, el Teocali santo;
tu tez el piñón envidia;
y tus ojos desmayados
son negros como los frutos
del capulín.... Y tu amado,
ese guerrero que esconde
la tempestad de su cráneo
bajo el plumaje del águila
que finge su rudo casco,
ese también es hermoso:
moreno, esbelto, bizarro....!
Oh! Nopaltzín.... Tepazuela,
ya oyó vuestro beso el lago....!
Los dos indios se contemplan;
avanzan con lento paso,
en el umbral se detienen,
se besan más, sollozando,
y ella penetra en la choza,
y él se aleja cabizbajo.

* * *

Duerme el lago de Texcoco,
reposa el bendito lago:
y el indio, de su canoa
desata los rudos lazos;
nervioso empuña los remos,
y se va alejando, alejando....
y derrama su tristeza
en la soledad del lago!
¡Canta! que á veces el hombre,
de llorar avergonzado,
forma notas con las lágrimas
y eleva entonces, un canto!

¡Canta! y su voz se deshace
 como el humo en el espacio:
 —“Tepazuela . . . Tepazuela . . .
 oh! tortolita del lago!
 mi voz desato en sollozos,
 y me aflijo recordando
 que abandonar es preciso
 las flores de nuestros prados.
 Aguarda, voy á la guerra.
 ¡Nuestro amor no será esclavo. . . .”
 Desparece la canoa
 en el confin azulado . . . ! La nube,
 y pasa el tiempo . . . ! La nube,
 que su clámide de raso
 prendió en el cielo, la extiende
 cubriendo la faz del astro.
 Atended . . . ! En los tulares
 se oye un rumor funerario:
 palidecen las estrellas
 de terror en el espacio;
 se ven dos dardos de fuego
 en la tiniebla clavados,
 y el canto del Tecolote
 ¡Solemne inunda los campos!

II

LAS DOS ROCAS.

“Que mi alma se envuelva en
 varias flores; que se embriague
 con ellas porque pronto debo
 ausentarme. llorando ante la faz
 de nuestra madre.
 yo soy miserable como la última
 flor.”

Cantares Mexicanos, Cantares
 XI y XII.

No es verdad! no fué derrota
 el final de esa batalla:
 no se rindieron los indios,
 se deshicieron sus armas!
 No es verdad! no fué valiente
 la conquistadora raza,
 que despertando los odios
 de los pueblos del Anáhuac,
 los unió para arrojarlos
 como leones con rabia,
 sobre el grupo de gigantes
 que á Tenochtitlán guardaban.
 No es verdad! El honor pide
 que haya igualdad en las armas,
 y allí la flecha era débil
 y allí eran fuertes las balas;
 jamás se partió el acero
 al golpe de la obsidiana,
 y el heroísmo fué inútil
 ante la traición armada!
 Vencer así no es victoria!
 ¡Hundir de un golpe una raza
 que al encontrarse sin fuerzas,
 y débil . . . y desarmada,
 aun se defiende, y, sublime,
 del heroísmo hace un arma!

¡ah, no es victoria . . . ! Por eso
 aún vives, tribu bizarra;
 por eso en las tibias noches
 de la tierra americana,
 los que nos hemos dormido
 en el seno de tu patria,
 solemos oír tus pasos
 allá en el fondo del alma!
 ¡Salud . . . ! Ya puedes altiva,
 vivir la vida sagrada
 que llaman gloria los hombres . . .
 ¡Salud . . . ! ¡Levántate, y anda!

* * *

Duerme, lago de Texcoco;
 duerme, serena tus aguas,
 que ya tendió la tormenta
 rendida, sus fuertes alas!
 Se va . . . ! mírala: recoge
 su clámide ensangrentada;
 aún quiere lanzar su fuego
 sobre las fuentes de nácar
 de los volcanes . . . y en vano!
 que ya las fuerzas le faltan,
 y se aleja . . . y pálidece . . .
 y silenciosa se apaga;
 ¡ay! sabedlo: ¡no la alientan
 de Cuauhtémoc las miradas!
 Ya el rey cayó; ya su cetro
 le quitaron, ya España
 recibe, alegre en sus brazos
 el cadáver del Anáhuac!
 ¡Tal vez por eso anochece!
 ¡Tal vez por eso en bandadas
 se alejan del triste lago,
 fúnebremente, las garzas!
 ¡Tal vez por eso la luna
 se ha levantado tan pálida . . . !

¡Quien sabe . . . ! Los chupamirtós
 —arco-íris de la enramada—
 los pájaros zumbadores
 que—trémulas esmeraldas—
 daban reflejos al aire
 y al nido rumor de alas;
 los gorriones que en los fresnos
 alegremente charlaban,
 cuando á la aurora despierten
 ¿no llorarán por la patria . . . ?
 Duerme, lago de Texcoco:
 que no contemplen tus aguas
 de Tenochtitlán las ruinas
 húmedas y ensangrentadas:
 allí agitan las hogueras
 sus desinfectantes llamas,
 allí las hambrientas turbas,
 enflaquecidas y pálidas,
 avanzan sobre cadáveres
 y sobre escombros, calladas . . .
 ¡Flores, aves, lagos, montes,
 sollozad por el Anáhuac!

* * *

Ya es media noche Es la hora
 en que Flalve—dios del agua—
 visita del triste lago
 las cristalinas comarcas.
 Al reflejo de la luna
 brillan las hierbas mojadas,
 y doblan lánguidamente
 las entumecidas ramas
 que desfloró el aguacero
 con el choqué de sus aias;
 y allá en los inmensos llanos,
 y allá en las tristes calzadas,
 como escuadrones de muertos
 se ven las turbas que pasan:

son los indios . . . ; los vencidos!
 y avanzan lentos, con calma,
 sin llorar, porque en sus ojos
 el valor secó las lágrimas!
 Ay! el rumor que se escucha
 de sollozos y plegarias,
 no es la expresión de sus duelos
 ni la expresión de sus ansias,
 es el rumor funerario
 de las cadenas que arrastran.
 En Texcoco, en la ribera,
 está esperando una barca:
 en ella una joven india,
 inmóvil, también aguarda:
 es la pobre Tepazuela,
 Amapola del Anáhuac,
 ¿qué piensas . . . ? ¿á quién esperas?
 ¿á quién, sollozando, llamas . . . ?
 ¿á tu patria vencedora . . . ?
 ¡infeliz! murió tu patria!
 ¿á tu amor . . . ? ese no ha muerto,
 y viene á tí como el águila,
 que triste retorna al nido
 después de romper sus garras!
 Por eso lejos . . . muy lejos,
 se escucha una voz que canta;
 —“Tepazuela, Tepazuela,
 si pereció nuestra patria,
 nuestro amor no será esclavo:
 espera, tórtola, aguarda!”—

* *

Ved: se aleja la canoa
 sacando astillas de plata!
 ¡Con qué ternura sonríe
 la pareja enamorada!
 La madre naturaleza
 al silencio entregó su arpa,

y sólo á turbar se atreven
 la majestad de su calma,
 el temblor de algunas hojas
 ó el roce de algunas alas.
 Y el indio suelta los remos,
 crispera las manos, se para,
 golpea su frente, del casco
 las corvas plumas arranca,
 y grita con voz de trueno
 que hasta el confin se dilata:
 —“Sí, morir . . . ! Yo no soporto
 la esclavitud del Anáhuac:
 ¡Que el alma se envuelva en flores,
 que se embriague al aspirarlas,
 porque pronto he de ausentarme
 de tí, mi madre, mi patria!”—
 Y los ecos huyen ráudos,
 y tornan de las montañas,
 y emprenden de nuevo el vuelo
 llevando en sus tenues alas
 las frases sollozadoras
 de una voz apasionada:
 “Ay! yo soy más miserable
 que la última flor—exclama—
 yo también te quiero mucho,
 mi tierra, mi linda garza.
 Nopaltzín, muero contigo . . .
 ¿á donde irán nuestras almas?”
 Y los amantes, serenos,
 tienden, mudos, sus miradas
 por los campos, por los montes,
 por el cielo y por el agua . . .
 se contemplan; por sus labios
 discurre sonrisa amarga;
 sus manos trémulas se unen;
 nerviosamente se abrazan . . .
 ¡Un suspiro . . . ! luego un beso!
 ¡y al triste lago se lanzan!

 ¿Qué voz grita entre las olas?

¿Por qué los pájaros cantan?
 ¡Eh! ¿quién viene por los campos
 rompiendo todas las ramas....?
 El lago agita convulso
 su manto de plumas blancas;
 y dos rocas que la luna
 envuelve con luz de nácar,
 dos rocas que no existían,
 enlazándose, abrazadas,
 con solemne y hondo estruendo
 surgen del fondo del agua....!
 ¡Oh! Nopaltzín.... Tepazuela,
 os manda un beso la patria!

III

EL AGUILA.

Al pasear oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores; responden las lucientes y murmuradoras aguas; la fuente azulada canta, se estrella y vuelve a cantar.

Cantares Mexicanos (canto 4.)

Dejadla! que tienda el vuelo,
 que altiva las nubes rasgue,
 y que en la luz de la aurora
 sus fuertes alas empape!
 Tiene derecho: es la reina
 magnífica de los aires;
 es el águila...! ¡Qué hermosa!
 Corvo el pico, flamante,
 la amarillenta pupila:
 la pluma morena y suave;
 chata la frente, la garra
 siempre dispuesta al combate,
 y el ademán victorioso
 á la vez dulce y salvaje!
 Y en el espacio la aurora
 su cofre azul entréabre,
 y da al cielo flecos de oro,
 y da á la tierra diamantes.
 A lo lejos, pensativos,
 se yerguen los dos volcanes;
 México eleva sus torres
 que fresco acaricia el aire;

el aroma de los campos
corre despertando el valle,
y el otoño sonriente
sacude alegre los árboles
para que inunden las huertas,
ya picadas por las aves,
duraznos de terciopelos,
madroños color de sangre.
El sol asciende; y el lago
de Texcoco, iluminándose,
sus rocas al sol enseña;
sus rocas, donde el ramaje
ofrece sombra y reposo
á las palomas del valle.
Labriegos que vuestro arado
gastais en la triste margen,
¿por qué mirais esas rocas
con terror?—¡Dios nos ampare!
Porque en las noches de luna,
cuando el sueño al mundo invade,
se besan allí dos muertos;
¡dos muertos que son amantes!—

* * *

Un instante, y después otro,
y después miles de instantes
indiferentes formaron
trescientos años cabales.
Oh! Nopaltzín. . . . Tepazuela,
¿acaso me oís. . . .? ¡Quién sabe. . . .!
¡Los muertos ¡ay! aunque escuchen
jamás contestan á nadie. . . .!
Cuando, tristes, vuestras almas
llegan, en alas del aire,
y en las rocas de Texcoco
se besan dulces y amantes,
¿vienen acaso buscando
á sus dioses tutelares?

¿buscan acaso, anhelosas
el ignorado paraje
donde reposan los huesos
de Cuauhtemozín el grande?
¿Buscan, acaso, el arroyo
de aquel pueblo de gigantes
para llevarlo á las nubes
y formar mil tempestades. . . .?
¡Ah! no vengais, pobres almas;
no vengais, muertos errantes. . . .!
La noche guarda á la tierra
en su cofre de azabache;
brillan dos ojos de lumbre
en el fondo del paisaje.
¡El Tecolote. . . .! ¿Quién viene. . . .?
—“¡Virgen santa. . . .! Los amantes!”—
dicen las gentes del pueblo,
rezan algo santiguándose,
y después, en la alta noche,
cuando el sueño al mundo invade,
se escucha el rumor de un beso
que inunda, lánguido, el valle!

* * *

¿Será verdad lo que cuentan?
¿Quién fué testigo. . . .? ¡Dios sabe!
Pero dicen que al reflejo
de una alborada radiante,
á mediados de Septiembre
del año de diez, de sangre
se tiñó un momento el lago,
y un momento tembló el valle.
Y dicen que por el cielo
vino un águila salvaje;
que en las rocas de Texcoco
detuvo el vuelo un instante;
que en ellas dejó una rama
de laurel, y que en los árboles

de la ribera, sonaron
desconocidos cantares.....
¡Pueblo! entonces que sentiste?
¿qué cantaste en tus romances....?
¡La libertad te dió un beso,
y tú también la besaste....!
El terror huyó vencido.
Los cercanos habitantes
no hablaron de almas en pena,
sino de honor y combate;
y ya no volvieron nunca,
en alta noche á besarse
sobre las rocas del lago,
las almas de los amantes.....
¡Oh libertad....! Bendecidla,
campos, montes, flores, aves!

* * *

.....
.....
.....
Habla el lago de Texcoco
en voz baja á los tulares,
y lo que dice indiscreto,
escucha, al pasar, el aire.
Tras de la sierra de Ajusco
desciende, lenta, la tarde;
y prendiendo una guirnalda
de luz á los dos volcanes,
el iris finge en el éter
un pabellón trigarante.....
¡Eh! ¿Quién viene allá á lo lejos?
¿Qué rumor inunda el valle?
¿Quién pone un arpa en mis manos....?
¡Es la Tradición....! esa ave
que llega buscando el nido
donde duermen mis cantares....!
¡Oh Anáhuac!—¡nave incendiada
sobre un oceano de sangre!—

¡Oh! pueblo de héroes sublimes!
¡Oh! Cuauhtémoc admirable!
¡Oh! Nopaltzín.... Tepazuela....
melancólicos amantes....!
¡Despertad....! venid....! un beso
poned en mi arpa anhelante,
y vivid, siquiera un día,
en brazos de mis romances....!
Mas ya la noche callada
cerró tus párpados, Tarde!
¡Qué obscuridad....! ¿Quién se agita
entre los mustios tulares?
¡El Tecolote...! Miradlo:
lánguido y roto el plumaje;
los anchos ojos sin brillo;
triste.... mudo.... ¡agonizante....!

México, Septiembre 19 de 1889.



TU SOMBRA.

Ya lo ves! El destino me detiene
lejos de tí... Mas dime: ¿no es acaso
tu sombra la que viene,
la que busca mi puerta
y al encontrarla abierta
llega hasta mí con cauteloso paso?

¡Eres tú; yo lo sé!—Todo suspira
en esta pobre estancia:
en el aire palpita la fragancia
de un aliento de virgen voluptuoso;
las gardenias del búcaro, al fogoso
contacto de ese aliento, desfallecen;
las cortinas del lecho se estremecen
del genio del amor al aleteo,
y los labios, temblando, se humedecen
con los nerviosos besos del deseo!

¡Eres tú; ya lo sé...! ¡Cómo suspira
el corazón, y cuánto lo embelesas!
¡Eres tú, mi ilusión...! ¿No está cantando
la alma que sólo con tu amor se inspira...?
Amor mío, mi alma es una lira
que sólo canta cuando tú la besas!

¡Aquí estás...! ¿A qué vienes?
¿Oíste el grito de mi amor eterno?
¿No tiemblos al sentir sobre tus sienes
las hojas secas del cercano invierno?

¿Cruzaste entre la sombra misteriosa
de esta noche tan lúgubre, tan fría,
solamente por verme cariñosa,
por estrechar mi mano temblorosa
y decirme en voz baja, que eres mía... ?
¿No ves que soledad... ?

Están desiertos
los sotos y las hojas amarillas
ruedan buscando el campo de los muertos;
y allá se elevan tras la bruma inciertos
los contornos tortuosos de la sierra;
y aquí, mi bien, en la ciudad cansada,
sopla esa brisa del noviembre helada
que, penetrando al corazón, lo aterra!

¡Y así llegas á verme...! Ensueño mío,
¡oh, gracias, ven! Desataré los lazos
conque prendes tu clámide de pieles;
te tomaré después entre mis brazos
para llevarte al aposento mío;
te arrojaré á mi lecho estremecida
y besando tu boca enrojecida,
haré que olvides la estación del frío!

¡Qué inmenso es el amor!—Es una aurora
que en sus alas purpúreas se levanta.
La pena ante él, es nube que se dora,
y el alma es una alondra soñadora
que vuela al cielo y que en el cielo canta!

Sí, mi bien...!

Pero dí, ¿por qué te alejas
de mi lado...? Te vas...! ¡Qué horrible calma!
En esta soledad sólo me dejas
el verso palpitante
que gime como un ave agonizante
en el fondo del alma...!

.....
 Ya lo ves! El destino me encadena
 lejos de tí.... La hora es avanzada.
 Rueda la noche de fantasmas llena.
 Cuando venga la luz, se irá mi pena....
 ¡Iré á besar tu boca apasionada!

México, 1889.



A UN COPO DE ESPUMA.

(A D. Francisco Sosa.)

Fué el manantial tu cuna transparente;
 naciste al despertar la primavera,
 y en tu niñez, la agreste enredadera
 con sus guirnaldas adornó tu frente.

Arrebatado por veloz corriente
 dejaste, mustio, la natal ribera;
 y, roto ya, llegaste á la pradera
 cual blanca flor que deshojó el torrente.

Y corriste.... corriste.... y desgarrado,
 luchando aún, entre la densa bruma
 desapareciste, al fin, evaporado....!

¡Ay! tu recuerdo al corazón abruma....!
 Fuiste como mi amor: infortunado!
 Mi amor fué como tú: copo de espuma!

México, 1889.

